

grada Persona tan frecuentemente sola y sin que nadie os haga la corte? ¡Qué confusión para los cristianos que os reconocen por su Dios! No permitais, adorable Jesús, que yo sea del número de los que os abandonan de esa manera; mas sí de aquellos que, á ejemplo del Profeta, no suspiran sino en busca de vuestros tabernáculos, y que no encuentran gusto sino al pié de vuestros altares. *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit et deficit anima mea in atria Domini... Altaria tua, Domine virtutum; Rex meus et Deus meus.* (Psalm. LXXXIII).

EXÁMEN.

De la lectura espiritual.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la providencia de Dios, que por medio de los libros espirituales nos hace disfrutar de la conversacion de los Santos, nos hace aprovechar de sus trabajos y de su experiencia, y nos da parte de las luces y de los buenos sentimientos que durante su vida el Espíritu Santo ha esparcido en sus corazones. Reconozcamos esta bondad con que de este modo vela sobre nuestras necesidades y nos procura tan grandes ventajas por la lectura de sus libros.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con qué fidelidad hacemos nuestra lectura espiritual.

¿Dedicamos todos los dias algun tiempo á este santo ejercicio?

Antes de principiarle ¿pedimos á Dios la gracia para hacerla bien?

¿Hemos purificado bien nuestra intencion, no teniendo en mira sino la extirpacion de nuestros vicios, nuestro establecimiento en las virtudes y nuestro progreso en la perfeccion?

Extirpatio vitiorum, exercitia virtutum, spiritualis profectus.

¿No nos aplicamos á él por *vanidad*, deseando ahí aprender á hablar de la virtud, sin voluntad de practicarla? ¿Por *curiosidad*, atendiendo más á la hermosura del estilo y á la pureza del lenguaje que á la sustancia de las verdades cristianas? ¿O cómo si fuera una carta leyendo con indiferencia, sin poner cuidado alguno en aprovecharla?

¿Hemos procurado retener algun concepto (segun el aviso que nos dan los Santos) para ocuparnos en él, rumiándolo durante el dia? *Semper aliquid de lectione extrahas quod proposito conveniat, quod revocatum crebrius ruminetur, quod te ad proficiendum admonet.* (S. Bern.).

¿No hemos hecho esta lectura sin orden

y por fantasía, ojeando ya un libro y ya otro, sin fijarnos en ninguno, y sin tomar consejo del director para elegir aquel que nos fuera más útil? *Fortuita et varia lectio non edificat.* (S. Bern.).

¿La hemos mirado como un maná celestial y un alimento que Dios nos da para nutrir nuestra alma? ¿Y no es por haberla tomado con disgusto, que con ella nos ha sucedido lo que con los alimentos corporales, que perjudican en lugar de aprovechar cuando se les toma sin apetito?

Este disgusto, ó al menos este poco placer que nosotros sentimos en esta lectura, ¿no viene de que nos complacemos más en la de los libros profanos, que no sirven sino para inspirar mil vanas ideas en nuestro espíritu, para lisonjear nuestra imaginación y para sofocar en nuestro corazón todo sentimiento de devoción?

Vanas generant cogitationes, extinguunt mentis devotionem, et non edificant mentem, sed potius inficiunt. (S. Bonav. *Opusc.* c. 14).

¿La hacemos con atención y sin precipitarnos; y nos detenemos de tiempo en tiempo para gustar las verdades que nos hacen más impresión?

En fin, ¿hemos sido fieles sobre todo á poner en práctica lo que leímos, á ejemplo de san Efren? *Pingebat actibus paginam quam legerat.* (Ennod. *in ejus vita*).

TERCER PUNTO.

Dios mio, la conversión de san Agustín, el cambio de vida de aquellos dos cortesanos del emperador de quienes habla el mismo Santo, la resolución de san Ignacio de darse enteramente á Vos, que fueron un feliz efecto de la lectura espiritual, muestran evidentemente la utilidad de este santo ejercicio, y hacen conocer bien las gracias que teneis á ella consignadas. Haced si os place, oh Dios mio, que yo me aproveche de este conocimiento, lo mismo que de estos grandes ejemplos; á fin de que lleno de amor y de estimación por la lectura espiritual, yo me aplique á ella con regularidad todos los días, según el consejo de los Santos y siguiendo la práctica de las comunidades más observantes y la de todos los que verdaderamente quieren servir á Dios: *Sine legendi studio neminem ad Deum intentum videas.* (S. Athan.).

EXÁMEN.

De la lectura de la santa Escritura.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo conduciendo la mano de los escritores sagrados, y sirviéndose de su pluma para comunicar por escrito á su Iglesia las grandes verdades

de la fe que El les inspira. Es un Dios de luz y de bondad infinita que, para acomodarse á nuestra condicion, se oculta bajo la letra escrita á fin de insinuarse suavemente en nuestros corazones, y conducirnos al conocimiento y al amor del soberano bien. ¡Qué felicidad tener entre nuestras manos un tesoro tan precioso como lo son los sagrados Libros, y poder en ellos leer y poseer la ciencia de los Santos y la doctrina de salud! Demos por ello gracias á Dios de todo corazon, y rindámosle todas las alabanzas que le son debidas por una gracia tan considerable.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si somos fieles á la lectura de la Escritura santa, y si nos conducimos en ella como es necesario.

¿Leemos una parte de ella todos los dias, como los Santos nos lo aconsejan? ¿Y lo hacemos con toda la aplicacion, el respeto y devocion que son debidas á estos sagrados libros; teniendo presente que en algunas congregaciones religiosas se previene hacer la lectura, al menos de sus primeros versos, hasta de rodillas para mostrar hácia ella su profunda veneracion?

¿Comenzamos este ejercicio por animar nuestra fe, invocar el Espíritu Santo y pedirle nos descubra las grandes verdades y los santos misterios que están ocultos bajo sus divinas palabras?

¿Purificamos bien nuestra intencion, y renunciamos á toda curiosidad y á toda la vana satisfaccion que la gente del mundo lleva ordinariamente á esta lectura, para no buscar en ella más que la gloria de Dios y nuestra salud?

¿Hemos á ella recurrido en nuestras desolaciones, en nuestros abatimientos y penas, segun el consejo del Apóstol y la práctica de los Santos?

¿Tenemos un gran respeto sobre todo al Nuevo Testamento, llevándole siempre con nosotros por devocion, como san Juan Crisóstomo dice que así lo hacian los primeros cristianos?

Por no habernos inspirado en estas disposiciones y no haber considerado bastante que era Dios mismo quien nos hablaba en la santa Escritura, ¿no la hemos tomado con disgusto, y no hemos sentido lo que san Agustin antes de su conversion, que no podia resolverse á leerla por encontrar en ella demasiada sencillez, y no los adornos y la elegancia de los autores profanos?

En fin, ¿no nos hemos contentado con poner en nuestro espíritu y en nuestra memoria las instrucciones que en ella se nos dan, sin cuidar de conservarlas en nuestro corazon para servirnos de ellas en las ocasiones oportunas, á ejemplo de la santísima Virgen? *Maria autem conservabat omnia verba hec, conferens in corde suo.* (Luc. c. II, 51).

TERCER PUNTO.

Dios mio, despues de la instruccion que da vuestro Apóstol á su discípulo tocante á la lectura de la Escritura santa (1); despues de todo lo que los Santos nos dicen de la excelencia y de la utilidad de esta lectura para estimularnos á hacerla todos los dias (2), ¿podria yo dejar de abrazarla de corazon y de no hacerla uno de mis ejercicios cotidianos? No permitais, Dios mio, que yo haga tan poca estimacion de vuestra santa palabra, y dadme parte, si os place, de la gracia de aquellos grandes Santos que, prendados de sus bellezas y de sus dulzuras, no podian omitir su lectura, y aconsejaban á todos hacerla su ocupacion ordinaria: *Tenenti codicem somnus obrepat, et cadentem faciem pagina sancta suscipiat.* (S. Hieron. *Epist.*).

EXÁMEN.

De la manera de escuchar bien la palabra de Dios.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, el Verbo eterno, enseñando á sus discípulos por la parábola de la semilla, cuál es la manera

(1) Attende lectioni.

(2) Sit tibi quotidiana lectio pro exercitio. (*Sanct. Hier. Epist.*).

de entender bien la palabra de Dios. *Semen est verbum Dei.* ¡Qué admirables son sus instrucciones! El les muestra la virtud de esta divina palabra, les descubre los obstáculos que impiden su fruto, y les hace ver las disposiciones con las cuales es preciso escucharla. ¡Qué ventaja para todos los fieles de tener un Dios mismo que les instruya! Mas ¡qué felicidad para nosotros, cuando El nos da tantos medios particulares para aprovecharla!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con relacion á esta parábola del Evangelio con qué disposiciones escuchamos la palabra de Dios. Esta palabra, dice Jesucristo, es una semilla; la tierra donde ella debe ser arrojada es nuestro corazon: veamos en qué estado se encuentra él para recibir esta divina semilla.

1. ¿No está él como un camino trillado, abierto á todo el mundo, y donde la simiente no puede germinar porque es hollado por los piés de los transeuntes, ó arrebatado por las aves? Es decir, ¿no está endurecido nuestro corazon de manera que no puede ser tocado de la palabra de Dios, porque se tiene abierto á todas las criaturas, sujeto á todo género de afecciones, lleno de las máximas del siglo, y aún tal vez de un hábito vicioso; todo lo cual menosprecia y llega hasta arrebatarse la divina semilla?

2. ¿No se parece nuestro corazón á esa tierra pedregosa, donde la semilla que allí se arroja germina de pronto y retoña al exterior; mas no puede echar profundas raíces á causa de las piedras que lo impiden y no tarda en ser enteramente sofocada por el ardor del sol?

¿No es de esta manera que la palabra de Dios que nosotros hemos recibido sin repugnancia, y alguna vez hasta con gozo, no hace sin embargo sobre nosotros sino muy ligeras impresiones, y apenas se mantiene en la superficie de nuestro corazón?

Un resto de amor propio, una inclinación secreta, una afección oculta, cualquier atractivo de nuestra voluntad y de nuestro propio juicio, ¿no son otras tantas piedras que han impedido á esta simiente divina penetrar bien en el fondo de nuestra alma, siendo esta la causa de que ella sea desechada bien pronto, abandonando nosotros á las primeras dificultades y á las menores tentaciones el bien que habíamos comenzado y que ella nos habia hecho emprender?

3. Nuestro corazón ¿no ha sido como esa tierra llena de espinas y escaramujos, donde la semilla arroja raíces y se eleva hasta formar espiga; pero porque las espinas se han cruzado al mismo tiempo, ellas la sofocan al fin y la impiden producir fruto?

¿No es de este modo que las solicitudes

de la vida, *sollicitudo sæculi istius*; que la ilusión de las riquezas, *fallacia divitiarum*; que los deseos sin número de nuestra codicia, *reliquia concupiscentiæ*, han extenuado en nosotros la palabra de Dios, y han hecho que los frutos que ella nos habia estimulado á producir no se hayan convertido en frutos de vida, y que ellos no hayan llegado por la perseverancia á su perfecta madurez?

En fin, ¿ha sido nuestro corazón como tierra buena que produce frutos excelentes y en cantidad, y nos representa, segun santo Tomás, esas almas fieles que reciben la palabra de Dios con grandes sentimientos de devoción, que la guardan igualmente en la adversidad que en la prosperidad, y que perseveran en esta fidelidad hasta la muerte?

Hi sunt qui in corde bono et optimo verbum retinent, et fructum afferunt in patientia. (Luc. VIII, 15).

TERCER PUNTO.

Dios mio, cuando considero por una parte cuál es la dulzura y la fuerza de vuestra palabra, y veo por otra el poco amor que tengo por ella, y el poco placer que siento al escucharla, y que las impresiones que ella hace sobre mi corazón no son sino pasajeras y no producen casi fruto alguno, yo no puedo dudar que mi negligencia es

la verdadera causa. Yo tomo la resolución, oh Dios mio, de aprovechar mejor que lo he hecho hasta ahora las instrucciones que Vos nos dais en la parábola del Evangelio sobre esta materia, y de tener frecuentemente ante los ojos estas palabras de san Agustín: *Non minus reus erit qui verbum Dei negligenter audierit, quam qui corpus Christi in terram cadere negligentia sua permisserit.* (S. August.).

DEL ESTUDIO.

PRIMER EXÁMEN.

De la estimación y del amor que le debemos tener.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la justicia de Dios sobre los eclesiásticos ignorantes; escuchemos con asombro lo que les dice por el profeta Oseas (1): «Porque desechásteis la ciencia, Yo os rechazaré del sacerdocio.» Y por el apóstol san Pablo (2): «Porque habeis amado las tinieblas, ahí en ellas moraréis eternamente.» Temblemos ante esas terribles amenazas, pero temblemos con un temor eficaz y saludable.

(1) Quia tu scientiam repulisti, et ego repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi. (Osee, iv, 6).

(2) Si quis autem ignorat, ignorabitur. (I Cor. 14).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué amor y qué estimación tenemos nosotros por el estudio.

¿Hemos estado bien persuadidos que la ignorancia en los eclesiásticos, siendo un defecto que segun los santos Padres no puede ser suplido de ningun modo, segun los concilios les hace indignos de entrar en las santas Órdenes (1); segun la Escritura santa les coloca en una irregularidad de que no pueden ser dispensados, nada hay que debamos temer tanto ni evitar con más cuidado?

¿Hemos estado convencidos de que los sacerdotes, siendo los depositarios de la palabra de Dios, de su doctrina y de sus verdades, y estando en esta calidad obligados á instruir, enseñar y exhortar á los pueblos; la ciencia sin la cual ellos no pueden desempeñar esta obligacion tan esencial, les era de una necesidad indispensable.

Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent de ore ejus. (Malach. c. II, 7).

Como esta ciencia no se puede adquirir

(1) Nulus ad sacra ministeria veniat indoctus; sed solus accedat quem morum innocentia ac litterarum splendor reddunt illustrem. Aliter, ordinaturis et ordinandis maneret in posterum Dei et Ecclesie vindicta. (Conc. Toletan. IV, c. 8).